

## PRÓLOGO

Alberto García-Teresa publica libros de poesía, escribe crítica literaria, coordina ciclos de lecturas de poesía contemporánea, programa, presenta; ayuda a difundir la poesía. Es lógico que a su nombre le acompañen predicados como poeta y activista cultural. Alberto, militante de la poesía, borra la distancia entre el escribir y el hacer; una concepción nuclear en su poética.

De ahí propuestas como *Peripecias de la Brigada Poética en el reino de los autómatas* (Umbrales, 2012), en la que retoma la *plaque* de 2008: peripecias a caballo entre la consigna y el poema, propuestas para poetizar el mundo, para incidir en la vida programada; para abrir una brecha en el cálculo del orden y de las máquinas registradoras. Todo un programa de poemas realizables para poner en marcha mínimos gestos de sabotaje.

A ese programa se ajusta su poesía: enfrentar, al lenguaje vacuo del político, la metáfora cargada de sentido. Con *Oxígeno en lata* (Baile del Sol, 2010), denunciaba la cosificación del ser humano convertido en consumidor; con *Hay que comerse el mundo a dentelladas* (Baile del Sol, 2008) expresaba lo arraigada que está en nuestro tiempo la servidumbre así como la incapacidad para imaginar un mundo mejor.

Este *Abrazando vértebras* ya nos alerta desde el título sobre necesidades axiales: unir, pero no de cualquier modo. Se trata de vertebrar abrazando un eje central para no perder pie. El poema titulado “Vértebras” explicita las fun-

ciones que se le adjudica a este término: Vértebras como sostenedoras de vida, mantenedoras de la comunicación, constructoras de amor... Si esa sustancia material cae, cae la esperanza y avanza la muerte.

La cita de Z. Bauman que abre el libro abunda en esta necesidad de crear vínculos, nexos; vertebrarse para seguir vivos. Desintegrarse, practicar el arte de la huida son las armas del poder que nos quiere muertos. Las otras citas insisten en el valor preciso para defender la vida y la alegría; este es el ideario que acompaña al poeta. Digo que acompaña, porque la poesía de García-Teresa no se sustenta sólo en las ideas, no emerge separada de la experiencia concreta. Su poesía es el resultado de un recorrido vital, y son hitos biográficos, no abstracciones, lo que ponen en marcha los poemas, y es vida golpeada lo que sigue latiendo en ellos. Debajo del poema “La lucha por la vida” hay toda una práctica de resistencia para que las vértebras atropelladas brutalmente a los pies de un semáforo recuperaran su función de eje: «La lucha por la vida / estuvo en salir de la inmovilidad, / de la imposibilidad, del cuadro clínico. // Ahora, la lucha por la vida / y la dignidad / reside en abandonar el coro de víctimas».

Esta es la columna de este libro: vivir implica moverse, atender el deseo y negar lo vendido como imposible; vivir no es sólo respirar, vivir implica dignidad y esta es enemiga del victimismo. El poeta sabe que es tarea colectiva, de ahí que la aborde en plural, eludiendo la anécdota personal, haciendo uso del nosotros abarcador. Se trata de nombrar transeúntes acosados por juegos de espejos, deshilvanados por contratos temporales o encerrados «en su cubículo, en su campo / de concentración, alimentándose de la carroña / de sus propios huevos, de sus propias manos». Se trata de borrar los límites entre el yo y el mundo. Contra ese encierro arremete irónicamente en otro poema (“Desde la fortaleza de mi habitación”).

*Abrazando vértebras* es poesía de la materia. Se trata, una vez más, de romper la frontera fijada contra el espíritu. De

ahí que los poemas estén cargados de referencias corporales: encías, sangre, gangrena, cartílagos, caries, piernas, saliva, orejas, lenguas, dientes, cotilos, costillas, rótulas, fémures... Poesía descarnada, exhibición del cuerpo desmembrado que, además, opera como símbolo del cuerpo social, igualmente desconectado, al que le llegan ruidos de hechos, a su vez desvinculados de causas y consecuencias: engranajes que chirrían, tuercas que aprietan, cadenas que se mueven, pesas que se elevan (“Y comienza el espectáculo”). Dolor que, según la paleta expresionista, se carga de sarcasmo para denunciar lo hecho de pedazos: «Se venden muletas para pupilas / porque ceden crujientes los tendones» (“Nacen nubes hinchadas”); «a 7’50 la pechuga. / El par de muslos a 5’80» (“Prostitución”); «los soldados mastican lengüetazos de trincheras» (“Asfixia”); «llevar al monstruo al dentista / sólo sirve para cambiar de muelas» (“Interrumpe la jornada”).

Ante ese mundo de dolor, el poeta propone imágenes de lo pequeño: «asomarse a dos labios que se besan». Nuevamente respirar, atreverse a hacerlo a oscuras, oxigenarse en la sorpresa; un *ars vivendi* que conlleva el no acertar ni el abandonar. Que conlleva, sobre todo, seguir interrogándose como en estos poemas, una y otra vez. ¿Y si...? ¿Qué ocurriría si...? «Si cada uno de tus muertos / dejase su cuerpo intacto sobre la tierra» (“Dictadores”).

Alberto García-Teresa conoce el uso de lo óseo por la codicia, la violencia, la mentira; pero apuesta por otras funciones, las propias de las vértebras: unir, proteger lo medular. De ahí que desafíe al lector a vertebrarse en un poema cooperativo, y, si no le desaniman los gerundios, disfrutará de que los versos rotos salten del libro como salta por el marco la pintura. Hacedlo, el poeta nos tira un hilo y la consigna es hilvanar vidas hasta conjugar el somos.

Ma Ángeles Maeso  
(Agosto, Valdanzo, 2012)